

corresponde á un guerrero. Siempre las lleva con guantes y los dedos cargados de sortijas de mucho precio. Su estatura es mediana y mas bien pequeña que grande; pero es bien proporcionado, y su porte y ademanes anuncian al hombre hábil y diestro en todos los ejercicios corporales como la equitación, el baile, etc. Su andar muy ligero, unido á cierta dejadez en el modo de llevar la cabeza, le denunciarían aunquese disfrazara del modo que quisiese.»

Muchas particularidades que le distinguían cuando era todavía príncipe real habían desaparecido completamente en el rey; si antes era hombre elegante y amigo de los placeres, despues cuando rey fué un modelo de antigua sencillez en todas sus costumbres. Solo se le vió, desde entonces, sin variación, vestido con el uniforme de su regimiento, con un sombrero galoneado de oro y adornado de una pluma de

avestruz, conforme había prescrito que lo usasen todos sus generales. Antes era aficionado á tener una mesa exquisita y dispendiosa; pero hasta en esto cambió de vida, «y, dice el mismo Schwichelt en su descripción, no exagero si añado que con frecuencia carece de lo mas indispensable. Come poco, y parece que en vez de comer no hace mas que probar los manjares: los platos que le sirven ahora son de los mas comunes y guisados de la manera mas sencilla, mientras antes solo quería cocina extranjera muy artística y refinada.»

En el trato del rey descubrió el mismo diplomático al hombre de sociedad perfecto de la escuela francesa, pudiendo, dice, servir de modelo por sus maneras francesas finas y elegantes; tanto que cualquiera que no le conociese le tomaría forzosamente por un francés completo, y no por un alemán.

## LIBRO CUARTO

### LA GUERRA DE SUCESION DEL AUSTRIA

#### I. — LA MEDIACION INGLESA

No se hacía ninguna ilusión el rey Federico respecto de la buena voluntad de las potencias todas, sabiendo muy bien que ninguna había de ver con buenos ojos un aumento territorial del reino de Prusia tan considerable como era la Silesia. Solo una entre todas, la Inglaterra, no tenía ningún interés que la impidiera reconciliarse con el hecho consumado de la conquista, y servir de mediadora para el restablecimiento de la paz, cuando no antes, por lo menos despues de la jornada decisiva del 10 de abril, aunque no fuese sino para evitar una guerra general, en otro caso inevitable. Confiando en la exactitud de esta consideración, habíase dirigido Federico II, antes que á ningún otro soberano, á Jorge II de Inglaterra. Antes que ninguno de los diplomáticos extranjeros residentes en Berlín, afanosos de saber á dónde irían á parar los armamentos del rey, pudieran averiguar nada de aquellos movimientos que espiaban con toda la sutileza de su oficio, y hasta antes de recibir al enviado austriaco marqués de Botta, había escrito Federico al rey Jorge en 4 de diciembre de 1740, una carta notabilísima, en la cual le descubría, en pocas pero precisas palabras, todo su plan, solicitando la mediación de Inglaterra cerca de la corte de Viena, y diciendo que hacia entrar su ejército en Silesia porque estaba persuadido de que luego habría una verdadera puja de pretendientes al total ó parte de la herencia austriaca, y que si él no les tomaba la delantera vendrían otros que echarían mano de la Silesia, sobre la cual, es decir, sobre la mayor parte de ella, su casa tenía derechos legales é incuestionables; sin contar con que este país por su situación geográfica estaba destinado á ser el baluarte de los territorios prusianos limítrofes. Con la Silesia, le decía, le bastaría y no pretendía mas, ni tampoco quería la ruina del Austria, sino mas bien la conservación y prosperidad de esta monarquía, á cuyo fin estaba pronto á ingresar en una alianza colectiva y estrechísima con Inglaterra, Holanda, Austria y Rusia, cuyo objeto fuese conservar el equilibrio europeo, proteger la organización existente del imperio germánico, defender

contra cualquier enemigo las posesiones alemanas de la casa de Austria é interesarse en la elección del duque de Lorena para emperador de Alemania. Para compensar los sacrificios que infaliblemente le habían de imponer estos compromisos consideraba la Silesia como una indemnización modesta, y mucho mas si cedía algo en sus pretensiones sobre los ducados de Julish y Berg, lo cual indispensablemente había de ser muy del gusto no solamente de Holanda sino también del Austria. Atendido todo esto solicitaba pues la pronta cooperación de la Inglaterra en la corte de Viena, á fin de que esta se entendiera con la Prusia sobre la cesión de Silesia; y concluía diciendo que no se le ocultaba que su empresa era en extremo arriesgada, pero que la miraba el único medio de salvación de la Alemania en vista de los nuevos compromisos que el Austria estaba á punto de contraer con la Francia. En el mismo sentido había dado instrucciones al capitán Andrié que se presentó en Londres el día 6 enviado por él, y su ministro residente en aquella capital, el conde Truchsess, las recibió fechadas en 12 del mismo mes, con la diferencia de que Andrié debía hablar también de los intereses de la religión protestante, y el embajador tenía encargo de hacer entrever á los ministros hanoverianos de Jorge II, por supuesto bajo el sello del mas profundo secreto, la perspectiva de cesión de ciertos distritos meklemburgueses al Hanover y de la secularización del obispado de Osnabruck á favor de la corona hanoveriana en pago de sus buenos oficios si se lograba la cesión de la Silesia sin derramamiento de sangre.

Faltaba saber si en este asunto estaban de acuerdo los intereses de Inglaterra con los del Hanover personificados todos en Jorge II, y en caso afirmativo, si los intereses de Inglaterra y Hanover estaban en favor ó en contra de la Prusia. Por una casualidad enteramente excepcional como veremos, aquellos intereses se encontraron del lado de la Prusia de tal modo, que solo una malevolencia sistemática ó una obcecación completa podían desconocerlo.

El interés de Inglaterra pedía en este asunto imperiosamente lo que explicó en un discurso con una claridad

admirable el célebre orador Guillermo Pitt; solo que este discurso fué pronunciado cuando ya era tarde, es decir, en el mes de diciembre de 1743, en lugar de haberlo sido por lo menos en abril de 1741. Esto quita todo su mérito al autor, pero no disminuye en un ápice la fuerza de sus razones.

En este discurso que se puede leer por entero en las «Anécdotas y discursos del conde de Chatam (1736-1778)» Londres, 1810, dice Pitt:

«Concedo que á la muerte del último emperador de Alemania estaba en el interés de nuestra nación que su heredera la reina de Hungría quedara en posesión de los dominios de su padre y que fuese nombrado emperador de Alemania su esposo el duque de Lorena. Era esta, en efecto, la mejor garantía del equilibrio europeo, y no teníamos entonces mas interés que este que era también el de las demás potencias, excepto Francia. De consiguiente no estábamos obligados á ser los únicos que defendiesen esta combinación; y cuando el rey de Prusia atacó la Silesia, y los reyes de España y Polonia, y el príncipe elector de Baviera hicieron valer sus pretensiones sobre la herencia del emperador, habríamos debido conocer que se había hecho imposible el sostenimiento de la reina de Hungría en la posesión de todos los territorios de su padre, tanto mas, cuanto que los holandeses rechazaron toda cooperación activa fuera de sus buenos oficios. Ya que no podíamos conservar á la reina el patrimonio entero, claro está que debíamos haberla aconsejado que sacrificara una parte para atraer á nuestra causa á algunos de los pretendientes. Así debiéramos haber procedido, y el pretendiente á quien hubiéramos debido contentar primero era el rey de Prusia; ya porque sus pretensiones eran las mas moderadas, ya porque era uno de los aspirantes relativamente mas neutrales, al mismo tiempo que el aliado mas poderoso que pudiéramos escoger entre ellos, y con el cual nos convenía mas entrar en tratos. Por esta razón nos tocaba aconsejar á la reina de Hungría que aceptara las condiciones que le propuso el rey de Prusia cuando su primera invasión en Silesia; y aun habríamos debido insistir en esta aceptación como condición previa de nuestro auxilio contra los demás pretendientes. Si hubiésemos procedido así, ya habría encontrado la corte de Viena fuerza de voluntad bastante para otorgar lo que era forzoso ceder, y en este caso habría continuado la reina de Hungría, estoy persuadido de ello, en posesión pacífica de todos los dominios restantes de su difunto padre á despecho de todos los pretendientes.»

Ya sabemos el peso que para Bartenstein tenía la voz de Inglaterra y hemos de convenir en que la aserción final de Pitt no era demasiado aventurada. De todos modos lo que se hizo en octubre de 1741, pudo haberse hecho en abril del mismo año si la Inglaterra hubiese comprendido su misión y hubiese querido cumplirla honrosamente. En los meses trascurridos entre abril y octubre se causaron innumerables desgracias con una guerra que podría haberse evitado si antes la corte de Viena hubiese aceptado la paz y la alianza que Federico le había propuesto.

Esto en cuanto á los intereses de Inglaterra; la cuestión de los del Hanover fué discutida en el consejo secreto, compuesto de Munchhausen, Hans y Erfia en Hanover, y en 1.º de marzo de 1741 firmaron estos consejeros el siguiente dictámen:

«Militan en favor de una alianza con la Prusia las circunstancias y razones que siguen:

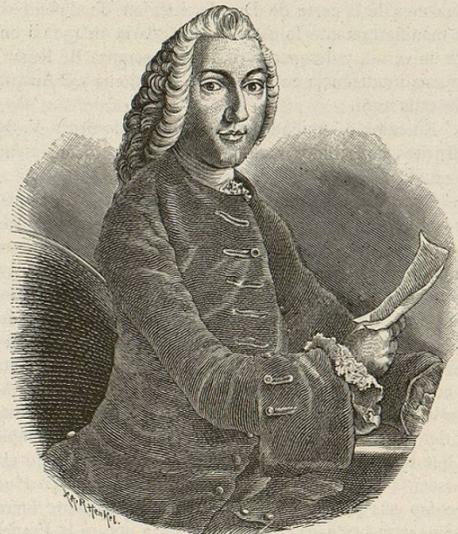
1.º Puede conservarse el equilibrio europeo, por el cual tanto se interesa V. M., aun cuando una parte de Silesia pase á poder de la Prusia.

2.º Tocante al interés de la religión protestante no la perjudica nada que el rey de Prusia ponga el pié en Silesia,

ÉPOCA DE FEDERICO EL GRANDE

pues que la casa de Austria tiene la costumbre de oprimir en sus territorios á esta religión, la cual en la citada provincia cuenta con muchos adeptos.

3.º Un aumento territorial de la Prusia no puede ser del gusto de los Estados vecinos, pero si se realiza por el lado de Silesia es menos peligroso para los territorios hanoverianos de V. M.



Guillermo Pitt. Copia del grabado de Corbutt, sacado del cuadro original de Hoare

4.º Existe la probabilidad de llegar á un acuerdo entre el Austria y la Prusia si V. M. se encarga de la mediación.

5.º Una alianza entre el Hanover y la Prusia ofrece para el primero mas garantías de seguridad y conveniencia que otra alianza semejante entre nuestro país y el Austria.

6.º En cambio es mas peligrosa la enemistad de la Prusia para los territorios alemanes de V. M. que la del Austria.

7.º Atendido que la Prusia solo solicita los buenos oficios de V. M. en la corte de Viena, segun el tenor de la proposición presentada por el consejero secreto Plotho, puede accederse á sus deseos con tanta mas razón cuanto que es muy discutible que la cuestión de Silesia esté en oposición á la alianza ni á la garantía prometidas al Austria en favor de la pragmática sanción, puesto que esta no obliga á las potencias garantes á perjudicar intereses de tercero.

8.º Sin el concurso de la Prusia es tan imposible sostener la organización interior del imperio alemán, como evitar guerras sangrientas.

9.º Es muy probable que la corte de Viena se convenza al fin de todos modos y se arregle por sí sola con la Prusia, en cuyo caso no adquiriría V. M. mérito ni ventaja ninguna y se atraería el odio de esta potencia.

10.º El papel de mediador es en este caso tanto mas plausible, haciéndolo preceder de un tratado de alianza con la Prusia, cuanto que en opinión de este ministerio sería muy difícil resistir con éxito el poder de la Prusia enemiga; mientras por otro lado no implica lo que esta nos pide ningún compromiso ni tiene el carácter de alianza ofensiva contra el Austria.

11.º En el caso de no aceptar V. M. la alianza de la Prusia y el papel de mediador, es seguro no solamente que el Austria apelará al auxilio de la Francia y aun de la Turquía,

sino que V. M., como este ministerio ya tuvo el honor de exponerle, no podrá contar con ningún auxilio de la parte de Rusia ni de Holanda.

12.º Los proyectos de la corte electoral de Sajonia, ahora ya tan vastos y perjudiciales, acabarían, en caso de no echar el peso de la mediación de V. M. en la balanza, por causar males mucho más trascendentales que los de la Prusia.

13.º Yendo contra la Prusia y apoyando en cambio las pretensiones de la corte de Dresde, habrían de defenderse cosas manifestamente injustas, lo cual daría margen a una guerra universal, y desaparecería toda esperanza de llegar a una buena inteligencia entre la corte de Sajonia y el Austria, tan deseada aquí.

14.º En cambio, uniéndose a la Prusia adquiriría V. M. los distritos consabidos meklemburgueses y probablemente también el de Hildesheim.

15.º Es indudable que el bienestar del imperio alemán exige la conservación del Austria y de su territorio; pero en caso de una alternativa parentoria, es preferible escoger entre dos males el menor, y si de ningún modo pudiese hacerse justicia a las pretensiones de la Prusia y de la Sajonia sino por la fuerza de las armas, es mejor contentar a estas dos potencias amistosamente, que permitir una guerra entre los Estados alemanes para que España y Francia saquen ventajas a costa del Austria, como está a punto de suceder. Así quedaría aplazada para una época muy distante la debilitación del Austria, la cual no sería jamás tan considerable, pues que tenemos el ejemplo del emperador Leopoldo que sin poseer la Italia, ni la Bélgica ni tanto territorio en Hungría como sus sucesores, tuvo sin embargo bastante fuerza y medios para proteger el imperio alemán contra la Francia y los turcos.»

A renglón seguido trae el dictamen de los ministros hano-verianos 8 razones en contra de la mediación y de la alianza con la Prusia; pero estas últimas no son tan perentorias y evidentes como las 15 primeras y se limitan solo a establecer escrúpulos y dudas, no teniendo al parecer más objeto que mostrar al soberano el reverso de la medalla y cubrir la responsabilidad de sus consejeros, en caso de que los sucesos desmintieran todos los cálculos. Fuera de esto, se conoce que su opinión era favorable a las pretensiones de la Prusia.

En vista de esto, y atendido que esta mediación no ofrecía ningún peligro, ni exigía sacrificio alguno en hombres ni dinero, prometiendo en cambio la adquisición de un valiosísimo aliado contra la Francia y un aumento de territorio para el Hanover, había motivos fundados para creer que el gabinete inglés no titubearía un momento en decidirse por esta política, abandonando toda otra por equivocada y decididamente perjudicial. Por otra parte el rey Federico no impugnaba de ninguna manera la sucesión de María Teresa; no había pues ningún temor de que pudiera infringirse la pragmática sanción garantida; Federico la reconocía y hasta se ofrecía a defenderla si se hacía justicia a sus derechos sobre la Silesia. Además, el tratado de garantía de 1731 no contenía ninguna obligación absoluta para Holanda e Inglaterra de defender la monarquía austriaca con las armas; y así habían demostrado claramente que lo entendían esas potencias con su neutralidad en la guerra que originó la elección del rey de Polonia. En esta ocasión el ministro Walpole se excusó de tomar parte en las hostilidades fundándose en la inacción de la Holanda, cosa que podía repetirse en la cuestión de Silesia, porque esta república no mostraba la menor inclinación a hostilizar a la Prusia ni a entrar en una política de aventuras, tranquila como estaba respecto de sus capitales empleadas en Silesia, por las seguridades que Federico le había dado. Más importante era el hecho de

haber cambiado enormemente las relaciones de Inglaterra con España, por lo cual convenía procurar con el mayor cuidado no dar a la Francia el mismo pretexto, que con tan buen éxito había utilizado en 1733 contra el Austria, para invadir el imperio y atacar el electorado impotente de Hanover, ya que no era posible impedir que se asociara con España para una guerra marítima contra la Inglaterra misma. Para esto no había otro medio más pronto y eficaz que el restablecimiento de la paz entre la Prusia y el Austria, y la inmediata formación de una alianza poderosa contra la Francia, cosa imposible sin el arreglo previo de la paz. En todo caso no existía obstáculo ninguno para que la Inglaterra hiciera comprender en tiempo oportuno a la joven reina de Hungría y a su secretario de Estado Bartenstein tan partidario de la Inglaterra, lo que de todos modos hubieron de comprender cuando ya era tarde, a saber: que por considerable que fuese un sacrificio en Silesia, no era nada comparado con la ventaja de salvar toda la monarquía, y que el auxilio de la Inglaterra, consistente en el caso más favorable en 24,000 soldados voluntarios, no indemnizaba de ninguna manera los daños y los peligros que ofrecía una guerra general que decidiese de la vida o de la muerte de la monarquía austriaca.

Sería tener una opinión muy pobre de la inteligencia práctica y de la sagacidad de los hombres de negocios ingleses, pensar que hombres de Estado como los dos hermanos Walpole no se hicieran cargo de todas las consideraciones que dejamos expuestas. Efectivamente ambos habían vuelto a tomar entre manos su antiguo proyecto favorito de reconciliar sólidamente las dos casas de Brunswick (de la cual la de Hanover era una rama) y Brandeburgo, después de la muerte del rey Federico Guillermo y antes de la del emperador de Alemania, probablemente con el fin de acumular fuerzas para el caso de que la Francia tomara parte en la guerra marítima entre España e Inglaterra, a favor de la primera. Ya se decía que el ministro había vencido la resistencia de su soberano y las vacilaciones del gabinete. Horacio Walpole tenía dispuesto el plan de una gran alianza contra los Borbones, destinando para jefe de ella al rey de Prusia. El gabinete había aprobado este plan, y solo faltaba la firma del rey cuando la muerte del emperador y de la zarina Ana, la pretensión de la Baviera a la sucesión del Austria y la invasión de Federico II en Silesia cambiaron toda la situación europea. A pesar de esto se pretende que el gabinete inglés indicó a la reina María Teresa la conveniencia de asegurarse la amistad del rey de Prusia con la renuncia de una pequeña parte de sus territorios para conservar más fácilmente el resto; pero se añade que la reina no quiso escuchar nada de arreglos pacíficos, reclamando pura y simplemente de la Inglaterra el auxilio conforme a convenios. Este auxilio le fue concedido en abril de 1741 «en conformidad con los deseos expresados claramente por el pueblo inglés en los discursos del parlamento que eran su eco.» Coxe en su Vida de Walpole dice que se concedió contra los deseos y modo de pensar de los ministros que habían tenido gran empeño en conducir a los beligerantes a una composición amistosa, y que desaprobaban todo lo que podía aumentar la obstinación de la reina en el momento en que vacilaba ya. Si esto es exacto, será una prueba más de que la influencia del ministro Walpole, algún día omnipotente, iba decayendo desde su impuesto sobre los consumos y su sumisión al clamoreo de los contrabandistas ingleses y de su orador en la cámara de los comunes. Pero no resulta así de las instrucciones dadas a lord Harrington, ni menos de las expresiones y actos del rey, radicalmente opuestos a las supuestas intenciones de Walpole, y ciertamente a los deseos de Robinson, embajador inglés en Viena,

de los cuales le acusa María Teresa en la carta que con fecha 3 de abril de 1741 dirigió al conde de Ostein, su embajador en Londres. Efectivamente en la comunicación que Tomás Robinson remitió a su gobierno en 31 de diciembre, dice: «He hecho todo cuanto he podido para impedir el rompimiento entre el Austria y la Prusia; y si los documentos que acompaño adjuntos han sido escritos con la intención de atraerse esta casa una eterna e irreconciliable enemistad de parte del rey de Prusia, temo que caerán sobre ella males mucho mayores que la pérdida de cinco Silesias.» En esta previsión solicitó Robinson de nuevo ser trasladado a otra parte. Las instrucciones de lord Harrington estaban también muy distantes de desanimar al gabinete de Viena, y de servir a la Prusia facilitando la paz. Los actos del gobierno de Viena en los meses siguientes siguieron siendo cada vez más hostiles a la Prusia a consecuencia de aquellas instrucciones del gobierno inglés para las cuales no había influido en nada «la alta voz de la opinión pública» que por lo demás era en extremo variable, siendo muy al contrario la disposición expresa e individual del rey Jorge II, ambicioso, codicioso de aprovechar la primera ocasión para darse en el extranjero una autoridad que en Inglaterra no tenía, lo cual constituye aun hoy una anomalía extravagante en la organización política de aquel gobierno. Este monarca tan atado en el interior, por encima de sus ministros y a espaldas del parlamento que solo se cuidaba y entendía de comercio y de derribar y levantar ministerios, se mezclaba en la política europea según su capricho, y la dirigía en oposición a los intereses de la Inglaterra, de su país hereditario, Hanover, del Austria y de la Prusia, todos los cuales tenían puesta su confianza en él y a todos los cuales engañó por igual.

Apenas es creible lo que este rey mandó escribir a María Teresa por el embajador de esta, el conde Ostein, en 27 de enero, diciendo a su soberana que el rey le había dicho solemnemente: «Declaro que lucharé contra la Prusia con todas mis fuerzas propias y con las tropas auxiliares de Dinamarca y Hesse que tomaré a sueldo.» En otra carta fechada en 13 de febrero, dice que le encarga el rey escribir a su soberana: «que de ningún modo se avenga con la Prusia; que él ya encontrará modo de hostigar al rey Federico hasta que no tenga más remedio que indemnizar a V. M. de todos los daños y perjuicios que le ha causado; que es preciso hacer perder al rey de Prusia para siempre la gana de cometer atentados semejantes y que para ello está preparando todo lo necesario.» De acuerdo con esto escribió el ministro Harrington al embajador inglés en Viena en 28 de febrero, que como condición previa para todo auxilio debía exigir «que la reina de Hungría se mostrara decidida a no entrar en arreglos con el rey de Prusia y a procurar en todo lo posible arrojarle de Silesia.» Una prueba sin embargo de la extraordinaria volubilidad del gabinete inglés se ve en el despacho que este envió en 5 de marzo al embajador Robinson, en el cual le dijo en resumen que el príncipe elector de Baviera, en cuyo país corría en abundancia el oro español, hacía preparativos de guerra en grande escala, destinados evidentemente contra el Austria; que bandas numerosas de soldados franceses pasaban de la Alsacia a la Baviera fingiéndose desertores del ejército francés, mientras otros se presentaban como desertores prusianos; que estas y otras noticias de cuya exactitud el rey Jorge no podía dudar, evidenciaban que por diferentes lados se aproximaban tempestades para descargar su furia sobre el Austria; que si no se procuraba a tiempo desviarlas, acabarían inevitablemente con la monarquía austriaca y con el equilibrio europeo; que Francia estaba a punto de arrojar la máscara y hacerse públicamente el paladín de la Baviera contra la reina de Hungría, apoyando la elección

del elector bávaro para el trono imperial de Alemania, y con las armas sus pretensiones sobre la herencia de los Habsburgos; que estaba en negociaciones con la Prusia con cuya potencia firmaría un convenio, ya muy adelantado, para apoyar las pretensiones de esta potencia sobre la Silesia en cambio de su auxilio a favor de todas las pretensiones bávaras; y que en tales circunstancias, era preciso convencer a la reina María Teresa de la necesidad urgentísima de entenderse con el rey de Prusia por medio de la Inglaterra, ya que Federico II estaba dispuesto a contentarse con la Silesia baja incluso la capital Breslau, y a defender en cambio con todas sus fuerzas los demás Estados austriacos y apoyar la elección de su esposo para emperador de Alemania.

Así hablaba el ministro, es decir, el gabinete o gobierno inglés; cambiando repentinamente de política y dando en el mes de marzo a su representante en Viena las órdenes e instrucciones que debería haberle dado en diciembre. Lo peor era que al lado de esta política oficial, hacia el rey Jorge, siempre informal y tosco, la suya propia, preparando en estos mismos días de marzo el proyecto solapado de un reparto de la monarquía prusiana borrándola del mapa, a cuyo fin formó un convenio con los soberanos de Austria, Rusia y Sajonia que debían proceder contra su sobrino Federico. Este que se hallaba perfectamente instruido de todo, se contentó por lo pronto con reunir cerca de Goettin en la frontera meridional de la provincia de Brandeburgo, donde confinaba con la Sajonia, un ejército de 30,000 hombres a las órdenes del príncipe de Anhalt. Este aviso bastó para enfriar maravillosamente el arrojo y los proyectos temerarios del conde Bruehl, ministro de Sajonia, y lo mismo sucedió en San Petersburgo. Después quedó completamente deshecho el nublado siniestro con la victoria de Mollwitz, pero ni por esto adquirieron Jorge II y su ministro ni más pundonor, ni más talento, y continuaron cada uno por su lado su política ignorante y variable.

En 15 de abril pronunció el rey Jorge en el parlamento un discurso de la corona arrogante, fiero y aterrador anunciando una cruzada en defensa de la sacra pragmática sanción de la casa de Austria, cruzada que debía abrir inmediatamente un ejército inglés compuesto de 12,000 ingleses, 6,000 daneses y otros tantos hesseses. El parlamento después de un torrente de discursos necios, votó 300,000 libras esterlinas de subsidios para la reina María Teresa. Pero esta efervescencia de varonil entusiasmo no impidió la continuación de la política sandia y solapada del rey, porque mientras alzaba con una mano ante la Europa la bandera de la guerra a muerte, envió como príncipe elector de Hanover un agente diplomático al campamento del rey de Prusia para ofrecerle su completa neutralidad si le daba además de los distritos meklemburgueses los dos obispados de Hildesheim y Osnabruck secularizados. Inmediatamente después partió Jorge II con grandísimo estrépido para Hanover para estar cerca del teatro de la guerra, pero al propio tiempo mandó a lord Hyndford a Viena para que ofreciera allí los buenos oficios de su soberano y ablandara el corazón de María Teresa a fin de que cediera a la Prusia algunos ducados de Silesia, aunque no toda la Silesia baja con Breslau, por ser esta demasiada exigencia de parte de Federico II. Otros embajadores ingleses, como Finch en San Petersburgo y Villiers en Dresde, recibieron simultáneamente instrucciones para instigar con todas sus fuerzas a los respectivos soberanos contra la Prusia.

Véase ahora cómo el propio ministro inglés, Roberto Walpole, juzga la política miserable e indigna, si es que política pueden llamarse las fatales y solapadas puerilidades de Jorge II, en una carta que escribió en 15 de julio de 1741 a Trevor, y en la cual dice: «Si hubiésemos sabido atraernos